

ligion, y en alas de su caridad por todas partes la buscan, en todas partes la exhortan; aquí la arguyen, allí la reprenden, en esta parte la amonestan, en aquella la convencen, y no paran hasta alejarla de su vida aventurera y criminal, apartarla del vicio y atraerla á la virtud, separarla del pecado y convertirla á Dios, ganándola así á la sociedad y á la gracia, y consiguiendo hacerla útil á sí misma y á las demas. ¿Qué hacen los acusadores? ¿Obran así el bien de estas infelices? ¿Las convierten á Dios y las hacen útiles á la sociedad? No responden; enmudecen. ¿Y por qué? Ellos, tan procaces contra los frailes; ellos, tan acriminadores. ¡Ah! Bien seguro que no querrán que pongamos su conducta en paralelo con la de estos religiosos venerables: quizá del paralelo resultaría que muchas de estas desgraciadas corrompidas por ellos, son la víctima de su desenfreno, de su lubricidad, de su incontinencia; quizá bien averiguado no hay en los detractores un vicio que más los domine; pero esto solo lo decimos como suposicion. Dios nos libre meternos á interpretar hechos que no conocemos; así, pues, téngase presente que decimos *quizá*, esto, es, que no aseguremos. Ahora sí lo que afirmamos es, que entre los herejes de este siglo se admitia la comunidad de mujeres, y otras muchas doctrinas escandalosas y repugnantes á la decencia y á la honestidad, y por combatir las fué la fundacion que nos ocupa.

Tambien decimos que semejantes doctrinas están hoy muy estendidas y admitidas en la sociedad-modelo que quiere fundar la nueva filosofia social, y tanto que es uno de los dogmas de los comunistas; así vemos los escándalos sobre este particular llevados hasta la última depravacion; el pudor, joya la mas hermosa de la mujer, despreciado; en olvido la honestidad, y el vicio, y el descoco, y el desenfreno en todo su apogeo; esta es la obra de nuestros enemigos. ¡Así hacen prosperar la humanidad! Mas ¿qué digo? Ni aun así; cuando enseñan en sus obras, aunque solapada y embozadamente el infanticidio y el suicidio, y sus consecuencias las vemos denunciadas diariamente por la prensa con escándalo de las almas religiosas, y de los espíritus timoratos y morigerados. Bien pueden engalanarse con su corona, que nosotros ni se la envidiamos, ni se la disputamos; solo sí queremos que conste la diferencia que hay entre acusados y acusadores, y que la sociedad opte, que así se decida quiénes son mas útiles á la sociedad y á la civilizacion, los verdaderos y falsos amigos de la humanidad.

Suceden á estos los premostratenses y los humillados; en aquellos acaban los ascéticos, en éstos empiezan los hombres del trabajo; no son menos útiles á la humanidad y la civilizacion unos que otros; pues si en unos admiramos su amor hácia el bien infinito, ese profundo conocimiento

del hombre interior, esa continua escuela del corazón, donde se aprende el modo de dirigirle, de reglar sus instintos, de moderar sus pasiones, y de hacerle, en fin, el hombre de la sociedad y de la religion, otros nos presentan el sublime dechado del hombre de la oracion y del trabajo, del hombre que á la contemplacion de María reúne la laboriosidad de Marta. Y admira ver en el siglo de la corrupcion y del cinismo, ante la voz de la religion separarse el esposo de la esposa y abrazar ambos una vida devota y laboriosa. Esta órden se consagró al trabajo, y en sus manos las artes prosperaron, y el comercio floreció, haciendo así con su laboriosidad é inteligencia un gran bien al Estado. De estos no se dirá que fueron perjudiciales á la civilizacion; mas si acaso nos equivocamos, y hay quien lo sostenga, á éste contestaremos con la tan sabida doctrina de los utopistas, y de nuestros acusadores, que sienta por base que los dos ejes sobre que gira la civilizacion, son las ciencias y el comercio, con lo cual creemos satisfecha su impugnacion, y rectificado su juicio, sin tener que acudir á las autoridades de la sagrada Escritura, ni á las de los santos Padres, como dicen hacemos siempre los frailes. Sin embargo, yo quiero demostrar que esta órden fué mas civilizadora que los que nos acusan, y para probarlo solo diré que en sus manos floreció el comercio, y en las de nuestros adversarios, si sus doctrinas

llegan á entronizarse, se arruinará infaliblemente; puesto que no hay una ley protectora del fabricante, ni que se haya consagrado á poner remedio á las quiebras que, fraudulentas ó verdaderas, es lo cierto que deben evitarse aquellas, porque en sí son un crimen punible, y éstas porque son una verdadera calamidad, y unas y otras la ruina de muchos fabricantes, y no menos almacenistas; y como un buen gobierno debe evitar los males poniéndoles coto, de aquí resulta la necesidad de estudiar las causas de los que afligen la sociedad que dirige, para impedir sus consecuencias: en estos frailes no habia mala fé, y su comercio prosperaba; en los comerciantes del dia, desmoralizados por la usura y otros vicios, todos los medios parecen á propósito con tal que se consiga riquezas, y un aumento de fortuna que les haga salir de su posicion, arrastrar coche y titularse; porque la democracia de nuestros dias permanece fiel al pueblo, hasta que por un título se eleva, ó por una cruz á la aristocrática esfera de los rancieros pergaminos que combatió, y cuyos privilegios defiende. Tránsfuga de las filas del pueblo, en cuyo seno nació, piensa borrar su origen humilde, convirtiéndose en su enemigo; y como el grajo de la fábula, solo consigue esponerse al ridículo. Pero nos desviamos de nuestra cuestion algun tanto, y debemos volver á ella, sentando antes que tambien esta órden religiosa comercial é industrial

fué mas útil á la sociedad y á la civilizacion, á la humanidad y al Estado que sus acusadores y destructores.

El órden de los tiempos nos ha traído á los dos institutos en que mas brilla el amor á la humanidad, y cuyos individuos se ligan con un cuarto voto para redimir cautivos; hablo de las órdenes de la Santísima Trinidad y la Merced. Cualquiera que recorra los tiempos pasados, y con la historia en la mano repase en su alma los trabajos de los cautivos que la desgracia ó la casualidad entregaba en manos de los árabes, turcos ó berberiscos, no podrá menos de estremecerse al considerar los abatimientos, humillaciones y malos tratamientos que sufrían en su poder. Las historias nos cuentan los castigos que les imponían á la mas leve falta, y hasta sin cometerla, solo por odio al nombre cristiano, y estos castigos eran crueles: nos relatan los trabajos á que los sujetaban, y eran insoportables; aquí los uncian á una noria para que sacaran agua, allí á un carro para conducir material, allí mal comidos, peor vestidos, y medio moribundos, los hacían sufrir el calor del Africa, y los trabajos no tenían descanso ni aun en lo mas recio de su influencia; en una parte los esponian en los mercados para ser vendidos, en otra les fijaban un hierro candente en la cara ó donde mejor les parecia; y en todas partes, por bien que librarán, se escaseaba el alimento y

se duplicaba ó triplicaba el trabajo, dándoles tanto peor tratamiento cuanto mas pingüe rescate esperaban por él, con el feroz y ambicioso deseo de que su familia, por no verle sufrir, satisfaría cuanto placiese á su codicia; el que tenia se redimía, pero el infeliz que carecia de recursos sufría por toda su vida los malos tratamientos de sus tiranos y bajaba prematuramente al sepulcro en medio de la mas triste miseria y del mas cruel abandono, sin que se le prodigarán ni los remedios corporales, ni los consuelos espirituales, unos y otros tan necesarios en su desgraciada situacion, viniendo de aquí á resultar un mal gravísimo que con la pérdida de la vida podia muy bien acarrear la del alma.

En medio de tantos y tan lamentables sucesos, la voz de la humanidad y de la religion, atravesando los desiertos y los mares, llegaba á los corazones sensibles, á las almas religiosas que, en medio de la comun corrupcion, aun no estaban contaminadas y las llenaba de amargura escitándolas la caridad á procurar su consuelo. Una órden que se propusiera este santo fin, era en extremo necesaria á la sociedad en medio de tales circunstancias, y debia ser bien acogida por todos los hombres de creencias, por todos los hombres de corazon. Sin embargo, necesitábanse grandes recursos para llevar á cabo tan santo propósito, y no bastaba solo el sacrificio de las personas, ni el

de los bienes de un particular, ni el de los de un potentado, ni el de los de un monarca, y esto era un escollo insuperable; pero la caridad, más rica que todos los potentados del mundo, más ingeniosa que los sabios de la tierra y que los utopistas de nuestros días, allanó todas las dificultades y superó todos los imposibles: la gracia inspiró el medio de proporcionarse recursos y se encargó de inclinar todos los corazones á esta santa obra, y la limosna, ese tesoro de los pobres, mil veces más provisto que el de Crespo, fué el tesoro que se encargó de subvenir á todos los gastos: las órdenes de la redención, los hermosos y eternos edificios que levantarán Juan de Mata, Félix de Valois, Pedro Nolasco y Jaime de Aragon, hallaron el apetecido tesoro, y se obligaron con voto á pedir para conseguir el rescate de sus hermanos cautivos. Bien pronto esta milicia santa camina de pueblo en pueblo, de casa en casa, de palacio en palacio; predica, escita las almas á la caridad y en todas partes halla acogida: en sus manos hasta el óvolo de la viuda tiene un precio inmenso, hasta el más insignificante socorro hace un bien incalculable; y con estos auxilios, con estos medios, estos hombres del Evangelio y de la caridad, atraviesan desiertos, surcan mares, y ni los piratas les imponen, ni la inseguridad de los caminos los detiene, ni las hordas árabes los asustan; héroes de la caridad, escudados con su fuerte ar-

madura, á todo se esponen por salvar los oprimidos, y siempre se les encuentra dispuestos á sacrificarse por sus hermanos y á conseguir su libertad á todo trance.

Llenos están los anales de estos hermosos y benéficos institutos de hechos admirables y gloriosos que en vano querrán oscurecer sus detractores; llenos están de hechos humanitarios, que solo la caridad y la religion pudo inspirar y llevar á cabo. Yo me estenderia demasiado si hubiera de referirlos uno por uno, y por lo mismo que son de todos conocidos, lo haré en globo y los presentaré en boceto para admiracion del mundo y confusion de los enemigos de los frailes, de los que dicen que nada hicieron por la humanidad y por la civilizacion. Yo suplicaria á mis lectores, amigos ó enemigos, que descendiésemos con la consideracion á los siglos que nos ocupan; yo suplicaria que contemplásemos con imparcialidad los sucesos de que eran teatro; yo, finalmente, querria que para juzgar la cuestion presente, á mas de tener á la vista estas consideraciones, nos trasladásemos con el pensamiento al Africa y recorriéramos aquellos sitios donde Argel, Tánger, Orán y Marruecos, se levantan, y aquella zona por donde estendieron su dominio, y preguntásemos á las piedras y á los árboles, á las mazmorras y á los rios, y acaso con la sangre de los frailes los halláramos manchados; y esta sangre derramada por

salvar sus hermanos, sería la más concluyente respuesta á los enemigos de los frailes, la mejor apología de estos. Allí, en aquellos lugares de triste recuerdo, en aquel campo de glorias y laureles inmarcesibles para las órdenes de la redención, hubo hechos que admiran, tuvieron lugar escenas que asombran, y cuyo recuerdo solo debiera avergonzar á los detractores y contener sus maldicientes lenguas. Allí, en aquellos sitios, mudos pregoneros de tanto heroísmo, panegiristas irrecusables de tanta virtud, quisiera yo encontrarme con los acusadores de los frailes, entonces. . . . ¡Ah! entonces me ocuparía poco en hablar, y asidos de la mano recorreríamos los sitios en que tan útiles y humanitarias escenas tuvieron lugar, y avocando la historia nos trasladaríamos á los tiempos pasados, y en presencia de aquella generación, olvidando el presente, les diría: “¿Veis ese hombre descalzo, con los ojos fijos en el suelo, de rostro macilento, cubierto con un hábito blanco, en cuyo pecho brilla una cruz y las ilustres barras de Aragon, que dá vuelta uncido á una noria sin desplegar sus labios ni quejarse, sufriendo con admirable paciencia todo el peso y los trabajos y oprobios de la esclavitud? Pues bien, ese es un fraile de la redención, un hijo de Pedro Nolasco, que habiendo redimido á varios cautivos, quedándole solo el que se ocupaba en tan penoso ejercicio, convino con el amo en quedarse por él y conse-

guirle la libertad á precio de su esclavitud. ¿Veis aquel otro sumido en la miseria, escuálido y sin alimento ni vestido, agobiado bajo el peso de las cadenas y acardenalado por la inhumanidad del látigo, que está espuesto en el mercado para ser vendido? Pues bien, ese es un hijo de Juan de Mata que sufre contento porque su prisión ha proporcionado consuelo á una esposa tierna y á unos hijos desvalidos, devolviendo á su regazo al esposo de su amor y al padre de su consuelo que los piratas habian cautivado. ¿Veis ese otro, sepultado en la asquerosa é inmunda mazmorra, que repartiendo su escaso alimento con sus compañeros de infortunio, que les prodiga sus cuidados y consuelos, que alivia sus trabajos y los conforta con sanas y santas reflexiones para que vivan resignados confiando en la misericordia del Señor el alivio de sus trabajos; en una palabra, que los exhorta con el consejo y el ejemplo á la conformidad y al arrepentimiento? Ese es un hijo digno del cielo y piedad de Félix de Valois. Veís. . . . pero ¿á qué me canso? Sería más fácil enumerar las flores que embellecen los campos en la primavera que los hechos humanitarios y caritativos de estos héroes de la religion. Yo quisiera, en resúmen, que nos trasportásemos con la imaginación á los puertos, que presenciásemos el embarque de los hijos de la redención cuando con el tesoro de la caridad, en alas de la virtud, con su esperanza en el

cielo partían en busca de los cautivos; yo quisiera que contemplásemos las lágrimas de los parientes, las súplicas de los amigos, las bendiciones de los fieles y las oraciones de los pueblos por su feliz y próspero viaje; y este lenguaje del agradecimiento de todos, probaría, más que mis palabras, los beneficios que hacían á la humanidad, y esto convencería á sus enemigos de que no eran, ni han sido inútiles. Yo quisiera, finalmente, que asistiésemos al júbilo de las esposas, á la alegría de sus hijos, al regocijo de las madres, al placer de los hermanos y amigos, cuando los frailes de la redención, en hombros de su caridad, hendían los mares cargados de los trofeos de sus desvelos, y devolvían á las familias y á la sociedad sus objetos mas queridos, y entonces, cuando el grito universal los encomiaba, cuando la humanidad los bendecía, entonces, ¿qué dirían sus detractores? O admirarían tanto heroísmo, ó reconcentrarían en sus pechos su furor y reprimirían sus iras por no esponerse al desprecio, quizá á las venganzas de un pueblo admirador de tantas virtudes, que todo permitiría menos que se insultase á sus mejores amigos ni se deprimiese en lo mas mínimo su bien adquirida reputacion. Enmudecerían, sí, porque la vergüenza los abrumaría, y porque el pueblo los llamaría y trataría como á sus mayores enemigos.

No podemos mirar con indiferencia los tiempos

ni considerar sin asombro que la impiedad haya estraviado los hombres hasta el extremo de perseguir, de insultar y de esterminar sus mejores amigos, y llamar con el mas procaz cinismo enemigos de la humanidad y de la civilizacion los que todo lo sacrificaron por tan caros objetos. Llamamos héroes y respetamos los hijos y descendientes de los héroes que algo hicieron por la patria, siquiera fuese destruyendo y sacrificando sus hijos; admiramos en los descendientes de los Córdobas, Ponces de Leon, Tendillas, los vástagos de los guerreros que dieron nombre á nuestro suelo y celebridad á nuestro ejército, y no queremos reconocer el mérito de los fundadores en sus hijos, siquiera ellos no se hayan apartado del camino y reglas que sus estatutos marcaban. ¿Y por qué? Confieso que me aturde esta diferencia, y que solo puedo abordar esta duda viendo la impiedad por enemiga de glorias que solo á la impiedad conviene oscurecer y mancillar. Los nombres de libertad, humanidad y civilizacion, no son incompatibles con los frailes; ellos siempre fueron sus apóstoles, sus amigos, sus patronos; lo que rechazaban, lo que combaten y combatirán es el cinismo y el libertinaje, la impiedad y la irreligion; y la rechazan y combaten, porque son enemigos los más temibles de estos objetos, porque son la caries de los pueblos, porque son la zizaña de que habla el Evangelio, que conviene quitar y ester-

minar en el campo de la Iglesia, en la área de la sociedad; y como ellos son los obreros destinados al cultivo de este campo y de esta área, de aquí resulta que no pueden permitir fructifique la zizafia sin faltar á su deber.

Acabamos de esponer con la posible brevedad, los hechos que acreditan que estos dos institutos religiosos han sido humanitarios y civilizadores, y lo hemos hecho con tanto más placer, cuanto estamos seguros que sus enemigos no los desmentirán, ni menos querrán entrar en paralelo con ellos en este punto; mas como tal vez nos equivocamos en nuestro juicio, por si avocan la cuestion, quereamos contestar antes; y así decimos, que en ellos solo vemos palabrería, y que ninguno de nuestros humanitarios filósofos, socialista ó comunista, mason ó afiliado en cualquier otra secta, de esas que á título de bien de los hombres quieren esclavizarlos, y al grito de libertad oprimirlos; ninguno es capaz de tanta abnegacion, de tanto sacrificio por la humanidad; y si lo son quisiéramos pruebas en vez de palabras, y que se nos presentaran con la misma franqueza que estos frailes egoistas, y surcaran mares por el bien del hombre, y abandonando sus mullidos lechos se internaran en los bosques y cargaran con las cadenas que oprimen á sus hermanos, é hicieran, no tanto como hicieron los frailes, sino alguna pequeña parte, pero que demostrara que sus palabras no eran una in-

significante fraseología; pero ya sabemos que á tan ilustres señores no les place esta vida, y que sus raptos humanitarios están circunscritos á escribir y perorar para desbordar las pasiones, perturbar la sociedad y llevar el mundo á su ruina, llenando de cadáveres las ciudades y los campos, las plazas y las calles al grito horrible de atronadora sedicion: sin embargo, esto mismo nos pone en el caso de ser mas exigentes con ellos, y de decirles que antes de acusar procuren esceder, ó al menos imitar las virtudes que acusan; y aunque sabemos que ni Lamartine, ni Luis Blanc, ni Ledru-Rollin, ni los demas amigos y afiliados suyos son capaces de la abnegacion y sacrificios que los frailes prestaron á la humanidad y sufrieron por la civilizacion, les dirigimos estas líneas no estrañando sean por sus acostumbrados talentos despreciadas, y aun satirizadas y miradas con torvo ceño; nada de esto estrañamos, como tampoco que no se enmienden de su mal camino, puesto que enmendarse supone un arrepentimiento de que están muy distantes, y el arrepentimiento dice detestacion de aquello de que nos arrepentimos, y el que detesta una cosa se aleja de ella y se aproxima á su contraria, y esto es muy difícil entre dos banderas rivales, que la una lleva por lema *caridad* y la otra escribe *revolucion*.

Réstanos hablar de la fundacion de Gui de Montpellier, de los servitas ermitaños de S. Agus-